II Domingo del Tiempo Ordinario, Ciclo C

El reino en borrador

"Había una boda en Caná de Galilea y la madre de Jesús estaba allí. Jesús y sus discípulos estaban también invitados. San Juan, cap. 2.

Ante un cuadro de Picasso a muchos nos invade el desconcierto. Sólo vemos allí abundantes colores y repetidas formas. Pero si observamos con atención, descubriremos luces que se contraponen a sombras. Volúmenes que concuerdan con otros volúmenes. Espacios que se desvanecen en otros más amplios. Sentimos entonces que el artista nos habla. Y escuchamos palabras silenciosas con las cuales la belleza despierta nuestro espíritu.

Algo semejante ocurre ante aquel relato de las bodas de Caná, que nos trae san Juan: Nos impresionan sus personajes, el desarrollo de la acción, los detalles que aporta el evangelista. De entrada nos sentimos perplejos, pero enseguida descubrimos la intención del cronista y las variadas lecciones de esta página. Advertimos cómo las palabras signo y gloria se destacan. Se contrapone el agua de las tinajas para las abluciones judías y el buen vino que los criados llevan al chef del banquete. Y grabamos en la memoria que aquel día Jesús inició su vida pública. Que ante aquel signo los discípulos afianzaron su fe en el Maestro.

En Palestina las bodas se celebraban casi siempre al aire libre, pues las estrechas casas no alcanzaban a albergar los convidados.

Generalmente se iniciaba la fiesta desde el miércoles, prolongándose hasta el sábado siguiente. Invitados, vecinos y curiosos se acercaban a los novios para implorar sobre ellos las bendiciones de Yahvé y compartir las bebidas y las viandas.

El menú de la ocasión incluía cordero hervido en leche, legumbres y frutas secas. Todo ello acompañado con vino, el cual se temperaba con agua y se mejoraba con especias.

Aquella boda transcurría normalmente. Pero un problema vino a opacar la fiesta. Los novios no previeron la cantidad de visitantes y de pronto se les agotó el vino.

"La madre de Jesús estaba allí", anota san Juan, porque quizás alguno de los novios era su pariente. Y ella, al fin y al cabo madre y mujer, se propone remediar la situación. Lo hace con cariño y discreción: "No tienen vino", le insinúa a su Hijo. El Señor parece hacer repulsa: "Mujer, no ha llegado mi hora". Pero enseguida decide estrenar su tarea en aquella fiesta. Y ordena a los criados que lleven agua de las tinajas al director del banquete. De repente, aquellos seiscientos litros de agua se convierten en vino de óptima calidad. "Tú has guardado el mejor vino hasta ahora", le dirá el maestresala al novio.

El Señor inaugura su misión en una fiesta de bodas y no en el templo de Jerusalén o en el monte Tabor. Así dibuja en borrador ese Reino de Dios, al cual dedicará tantas parábolas. Un reino que integra todo lo nuestro: Amor, fiesta, compañía, banquete... elevándolo a un nivel superior. Un Reino donde lo común y ordinario logra otra dimensión, por la presencia viva de Cristo y de Nuestra Señora.

Si no se hubiera producido el milagro, muchos señalarían a la pareja de Caná como "aquellos a quienes se les agotó el vino".

¿Será que a los cristianos de hoy ya se nos agotó la fe en Dios y también la esperanza?

Padre Gustavo Vélez Vásquez m.x.y.